

vestigio de inmortalidad traten de fundar un reino en la muerte.

Este reino en la muerte es lo que llamamos «civilización», la construcción de la *civitas universalis* de la política religiosa.

La Ciudad, con sus gobiernos y sus jerarquías, ocupa a todo el hombre. La primitiva «Ciudad de Dios», que no era otra cosa que la organización del mundo moral, cristalizó en piedras y amuralló sus recintos y redujo a sombras decorativas las inspiraciones creadoras. Mas la ciudad primera es el hombre mismo. Agustín, por ejemplo, la construía en su espíritu: la proyección de este sueño en la naturaleza hace surgir la cosa pétreo, el *monumentum* material y tangible. Hoy, el monumento ha expulsado el espíritu, y llamamos Ciudad a la piedra elaborada.

La Iglesia y el Imperio—casi siempre la misma cosa—han convertido en *gehennas* las arquitecturas urbanas; al orden espiritual, hecho de esencias vivas y flamíferas—el Verbo—sigue el orden material, desde la blusa obrera al solideo cardenalicio; la fuerza y la astucia, más que el amor y la gracia, entronizan las jerarquías. El pretendido orden social de las clases es la violencia erigida en sistema, y todo sistema, ya lo hemos dicho, es una suplantación de la simpatía. Ausente el amor, se inventa el orden, es decir, la distribución dogmática de las facultades y de los poderes. Todo hiela en las manos del hombre, y las palabras se gastan en sus labios como las monedas en sus dedos.

Este aire fatal que envuelve a la civilización ¿es insuperable? ¿Se ha puesto, a las puertas de las ciudades, el verso de Dante, *lasciate ogni speranza voi ch'entrate*?

En una palabra, ¿ha de servir el hombre a los tiranos?

Don Quijote, que en sus consejos a Sancho para el gobierno de la ínsula sube hasta la colina del Sermón de la Montaña, puede decir, como Jesús, «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida». El conoce el sendero que extrae al hombre de la «civilización» para enloquecerlo en la soledad.

¿No es, pues, Caballero andante? Y ¿no es el andar sin tregua una renuncia a la Ciudad, al espíritu que no se mueve, y que según el profeta bíblico «es el desierto de la civilización?»

Andar es renunciar.

Allá en su aldea Don Quijote dejó la paz de su carne en los cobertores de lana y en las almohadas de pluma. Pero la ciudad, la ciudad verdadera va con él. Es el genio profético que padece la fobia del claustro, el asco del recinto y el odio de la muralla.

Es curioso anotar que, en toda su

peregrinación, sólo una vez albergue en ciudad, allá en Barcelona, de donde regresa traicionado y contuso. Desde entonces se inicia su decadencia, su retorno a la Razón.

La Iglesia, que desde los tiempos de Israel ha venido negando, combatiendo el profetismo y no obstante sometiéndose a él por posteriores rectificaciones, ha tenido su última disputa con Don Quijote.

Le sale al paso en el Castillo de los Duques, en donde el ocio y la burla tienen su ratonera. Sus razones son las razones de la ciudad. «¿Y a vos, alma de cántaro, quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante y que vencéis gigantes y prendéis malandrines? Andad enhorabuena, y en tal se os diga: volveos a vuestra casa, y criad vuestros hijos si los tenéis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo, papando viento y dando qué reír a cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde, nora tal, habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes?»... (Cap. XXXI, Sg. Pte).

Don Quijote responde, «con presurosa y turbada lengua», en discurso áspero y ardiente como un carbón encendido: «...¿No hay más sino a trochemoche entrarse por las casas ajenas a gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrechez de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distrito, meterse de rondón a dar leyes a la caballería y a juzgar de los caballeros andantes?»

Era aquél uno de esos eclesiásticos «que gobiernan las casas de los príncipes: destos que, como nacen príncipes, no aciertan a enseñar como lo han de ser los que no lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos»...

Tales son las palabras de la Iglesia de Piedra en pugna con la profecía y la soledad, con el amor de los libres. Tales los conceptos del bautismo del agua ante las alas del bautismo de fuego.

Andar y ver.—La andanza qui-jotesca tiene un fin: ver por los propios ojos la hazaña referida, la leyenda proyectada en las nebulosas del Ensueño. En este sentido es también don Quijote el modelo y espejo del alma humana, henchida desde su origen de la fatal curiosidad cósmica. ¿Eres tú ciego o paralítico del espíritu que no te echas al río y nadas con fornidos brazos a la otra ribera donde el misterio te acoge y enseña?

El ansia de *llegar a ser* se angus-

tia, gimoteando, en todas las cosas, y por todos los rumbos del cielo camina el horizonte como una llamada que se aleja.

Hay sin embargo espíritus que querían el cuento contado, y se conforman con el relato ajeno. En una terrible página del loco Swedemborg, leí, hace bastante tiempo, esta cosa dantesca:

En un rincón del Paraíso hay un jardín cerrado, semejante a los huertos que las comunidades monjiles cultivan entre altos y musgosos bardales, y que se elevan al azul inmóvil ignorados de todo ojo profano. Crúzalo, por medio, un alto muro de piedra blanca, hueco y sonoro, en cuyo seno yacen las larvas de las almas que serán. Cuando Jesús busca la soledad—¡Él también!—y pasa junto al muro tocándole tal vez con distraída mano, de dentro surgen voces tiernas y arcanas, que cantan más que gritan:

—¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo?...

Y Jesús responde:

—Dormid, dormid, no es tiempo todavía!

En las profundidades de la tierra, como en las profundidades del cielo, las larvas de los Universos futuros gimen en las tinieblas por la andanza en el mundo, por el qui-joteo y la revelación.

¡Qué! ¿no hay ni hubo caballeros andantes, follones ni malandrines? ¿Pues qué o quién nos tiene de esta suerte maltrechos y adoloridos, metidos en prisiones de carne y perseguidos de encantadores?...

Al reproche del Cura, del costumbrismo erigido en sacerdocio, contestamos con don Quijote: «¿No hay más sino a trochemoche entrarse por las casas ajenas a gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrechez de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distrito, meterse de rondón a dar leyes a la caballería y a juzgar de los caballeros andantes?»

¿Esta fé católica, gotosa, literal y ciega, quiere detenernos en el umbral de la vida, cuando nuestros ojos se abren maravillados a la luz de Dios, y los campos y los pájaros nos invitan a la aventura de cantar y engendrar? ¿Esta Iglesia de la Ciudad de Piedra quiere embutirte, como una moldura añosa, en los detalles de su monumento, para que en tu cabeza hagan nido las arañas o las golondrinas y para que sólo un rayo de luz te dé por las mañanas? Deja a Pedro y toma a Pablo, deja la Silla por el Camino, y anda, anda,

Toda la cuestión del hombre es andar, en Rocinante o a pie, con San-